

Es agradable ver á estos pequeños caballos enganchados á un cochecito, como los que hay en el mediodía de Inglaterra, ó bien conduciendo un jinete, casi niño. En el parque de Windsor viven algunos poneyes en libertad.

2.º LOS CABALLOS DOMÉSTICOS

Los caballos de que acabamos de hablar pasan toda su vida mas ó menos independientes: unos mueren sin que el hombre los haya sometido nunca; otros pierden algunas veces momentáneamente su libertad; los que vamos á examinar ahora están completamente domesticados, notándose que á la manera de todos aquellos seres que se hallan bajo nuestro dominio y son cuidados por el hombre, ofrecen numerosas variedades.

El caballo salvaje se asemeja en todas partes por su forma, su talla y su pelo: no existe diferencia alguna entre los *alzados* de América y las *tarpanes* de la Ucrania ó de la Tartaria; en todas partes estos caballos son pequeños, vivaces, fogosos, enérgicos y sociables, y se reúnen por manadas mas ó menos numerosas, conducidas por un jefe. El caballo doméstico es una creación del hombre, un producto complejo del suelo y de las necesidades de la civilización.

El pelaje de los caballos domésticos varía hasta lo infinito: es de un tinte uniforme ó de diversos colores.

El pelaje uniforme, que se llama tambien sencillo, es: 1.º, el *blanco*, regularmente pálido ó plateado; 2.º, el *negro*, que puede ser negro azabache, tinte malo, ó negro propiamente dicho, guardando un término medio entre los otros dos; 3.º, el *bayo*, que es rojizo, con la crin, la cola y las extremidades negras; pero presentando siete visos distintos, á saber: el bayo cereza, el bayo guinda, el dorado, el castaño, el marron, el pardo con manchas de fuego y el vinoso; 4.º, el *alazan*, que solo difiere del bayo en que los pelos de las extremidades son comunmente del mismo color que el resto del pelaje, aunque ofrece variedades, como el alazan pelo de vaca, el de crines blancas, el alazan rubio y el de pelos blancos diseminados. Cuando el alazan no tiene estos pelos se le llama *zaino*.

El pelaje de colores múltiples, ó compuesto, es: 1.º, el *gris*, cuyas variedades comprenden el gris sucio; el tordo con manchas negras y blancas; el moteado con fondo blanco y manchas negras; el atigrado; el tiznado, con mas ó menos negro; el jaspeado, con manchas rojizas; el tordillo, con manchas claras sobre fondo gris; el gris raton; el castaño claro; el gris oscuro y el gris porcelana, con manchas apizarradas; 2.º, el *rodado*, que presenta una mezcla de blanco sucio, de negro mal tinte y de alazan, constanding de cinco variedades, que son: la ordinaria, cuyas tres especies de manchas se hallan diseminadas en número casi igual; la clara, cuyos pelos blancos aparecen en mayor número; la oscura, en la que predominan los pelos negros; la vinoso, en que domina el pelo alazan, y el roano, con la cabeza y extremidades negras; 3.º, el *overo*, mezclado de blanco y alazan por iguales partes, pero en cuyas variedades figura el color de flor de albérchigo, donde domina el blanco; el isabela, en que abunda mas el pelo alazan; el cebrá, especie de isabela, que tiene las extremidades orilladas de negro; el azucar y canela, mezcla de amarillo claro y de gris blanco, con los piés negros, alazanes ó bayos.

El pelaje ofrece además, prescindiendo de los colores, algunas particularidades que se llaman *marcas*, porque sirven para señalar los individuos. Tales son, la *estrella*, mancha blanca situada en la frente; si se extiende hasta la parte inferior de la cabeza, se llama *testera blanca*, y si se corre hasta el borde de los labios, dicese que *el caballo bebe en el blan-*

co. Cuando la mancha tiene puntos negros se la llama arañada. Cuando la mancha blanca que muchos llevan en la corona del casco se corre hasta la rodilla, se dice que el caballo es *calzado*. Las *espigas* son remolinos naturales del pelo en algunas partes del cuerpo: la *lanzada* es una cavidad natural que tienen algunas veces los caballos de raza en las partes inferiores y laterales del cuello: las *lepras* son manchas de un color sonrosado pálido, cubiertas de un escaso bozo, y que se observan particularmente al rededor de los ojos, de la boca y del ano.

Los caballos cambian de pelaje, sobre todo en la primavera; el pelo largo de invierno se cae en dicha época, y al año queda terminada la muda. Poco á poco crecen nuevos pelos, y en setiembre ú octubre se prolongan considerablemente.

Este pelaje, muy espeso y poblado, produce demasiado calor en el individuo doméstico, y como es susceptible de impregnarse fácilmente de sudor, quedando largo tiempo humedecido, con todos los caballos de lujo se tiene la costumbre de quitarles el pelo con la almohaza. El de la cola y la crin es el que no cambia.

RÉGIMEN.—El del caballo doméstico varía mucho, segun las localidades; pero su alimento natural consiste siempre en plantas de diversa naturaleza y en granos.

El caballo es de un temperamento esencialmente sanguíneo y muscular, y aunque animal herbívoro, necesita alimentos en los que predominen los principios fibrinosos y albuminosos, tales como los granos, la avena en nuestros países, y la cebada en climas mas cálidos (España y Africa). El caballo necesita alimentos mas nutritivos que el buey, porque no tiene un estómago tan complejo como este último.

Aunque menos delicado que otros animales domésticos en cuanto á su alimento, prefiere, no obstante, las praderas secas á los pastos pantanosos.

MOVIMIENTOS.—Además de los naturales, comunes á todos los caballos, tanto salvajes como domésticos, estos últimos, por lo menos la mayor parte, ejecutan ciertos movimientos, debidos á la costumbre ó á la educación que se les da.

Los naturales son: el paso, el trote y el galope.

El *paso* se ejecuta en cuatro tiempos: levántase primero una pierna delantera; le sigue una posterior del lado opuesto, y cuando tocan el suelo, se alzan las otras dos del mismo modo.

El *trote* se ejecuta en dos tiempos; dos piernas, una anterior y la otra posterior, de lados opuestos, se levantan juntas para caer á la vez; las otras dos se mueven lo mismo, y la progresión es dos veces mas rápida que el paso.

El *galope* se ejecuta en dos ó tres tiempos: si es rápido consiste en un salto hácia adelante, en el que se levantan las dos piernas anteriores, y van seguidas tan rápidamente de las posteriores, que durante un intervalo se hallan las cuatro en el aire.

Entre los movimientos artificiales ó adquiridos, se distinguen: 1.º, el *paso de andadura*, que alarga mucho y se ejecuta en dos tiempos: en el primero se levantan dos piernas, una anterior y la otra posterior del mismo lado, y caen juntas; y en el segundo, las otras dos reproducen el mismo movimiento; 2.º, el *sobrepaso*, especie de paso de andadura en el que las dos piernas de cada lado, en vez de partir juntas como en la andadura sencilla, ejecutan este movimiento una despues de otra, como en el paso, de donde resulta que casi siempre están en tierra tres piés; 3.º, el *galope trocado*, que es un movimiento en que galopa el caballo con las piernas delanteras, trotando con las posteriores, lo cual anuncia debilidad en los riñones. El paso de andadura, el sobrepaso y el galope trocado son movimientos defectuosos.

Hé aquí ahora, segun G. Colin, algunos detalles acerca del juego de un miembro en los movimientos progresivos. Comprende cuatro períodos: en el primero, que es el *alza*, se levanta el pié del suelo; en el segundo, que se llama el *sostenido*, queda en el aire; en el tercero, ó sea el *asiento*, vuelve á quedar en tierra; y por último, en el cuarto, ó *apoyo*, sostiene parte del peso del cuerpo. Cuando las cuatro extremidades han pasado por estas cuatro clases sucesivas, que pueden reducirse á dos (el *alza* y el *apoyo*), se ha efectuado lo que se llama un *paso completo*.

Al moverse á la vez los dos miembros de un bípedo, bien sean anteriores ó posteriores, cada cual lo hace de una manera especial, representando con bastante exactitud dos períodos, uno de los cuales, el miembro levantado, oscila por su extremidad inferior, mientras el otro, el miembro apoyado, lo verifica por la superior. Sus oscilaciones, que comienzan y acaban á la par, son por consiguiente isócronas y de la misma velocidad; pero no tienen igual amplitud; las de la extremidad que está en el aire son de doble extension que las de aquella que se apoya en el suelo. Lo que hacen juntos en un mismo tiempo, mas ó menos fraccionado, los dos miembros de un bípedo, anteriores ó posteriores, lo verifica cada uno de ellos en dos tiempos sucesivos.

La velocidad del caballo varía de 1" á 2",60 por segundo.

INTELIGENCIA Y APTITUDES.—«El caballo, dice Scheitlin, reconoce el alimento, la localidad, el tiempo, el espacio, la luz, los colores, la forma, la familia, los vecinos, los amigos, los enemigos, sus semejantes, el hombre y las cosas. Tiene inteligencia, entendimiento, memoria, imaginación y sensibilidad; comprende su estado, y es capaz de experimentar pasiones, amor y odio. Su inteligencia puede convertirse en habilidad, porque es muy susceptible de instruccion.»

El caballo tiene los ojos conformados de tal manera que, aun paciendo, puede ver desde muy léjos en la direccion horizontal, y aunque no esté comprendido en la clase de los animales nocturnos, percibe mejor que el hombre en la oscuridad. Sabido es que la membrana *caroida*, que tapiza el fondo del ojo, tiene en el caballo un brillo resplandeciente como en los gatos.

El oído es delicado y posee la facultad de recoger las ondas sonoras por medio de las cuencas auditivas, grandes y móviles.

Se puede apreciar la índole, el carácter y el estado actual de las impresiones del caballo por los movimientos de las orejas. Cuando anda, debe llevar la punta hácia adelante: en el individuo cansado están bajas; en el que se inquieta se mueven mucho; los caballos dominados por la cólera ó malignos inclinan alternativamente una hácia adelante y otra hácia atrás. Una oreja que se inclina con frecuencia de todos lados, particularmente si el animal mira á derecha, izquierda y atrás; un párpado superior fruncido, y una mirada tan pronto fija como incierta, indican un caballo asustadizo y miedoso. El que dirige las orejas hácia adelante, procurando olfatear á la persona que se le acerca, es dócil, confiado y le gusta que le acaricien. Los caballos que tienen la boca seca no son de tan buen temperamento como aquellos en que se halla siempre fresca y se cubre de espuma con la brida. Las fosas nasales del caballo son anchas y apropiadas para recibir desde muy léjos las emanaciones.

El olfato de este animal es de una extremada sensibilidad: por él reconoce la aproximación del hombre á la distancia de media legua, y husmea tambien desde muy léjos el agua. Sabido es que las caravanas de los árabes, de los tártaros y de los mogoles, y tambien los pastores españoles de los llanos de Caracas, sacan partido de la sensibilidad del olfato del caballo para descubrir durante los ardientes calores del vera-

no las lagunas ignoradas. En los cuarenta años que pasaron los hebreos en el desierto, utilizaron el instinto de estos animales para obtener el mismo servicio. Los caballos americanos escarban con el pié la tierra para descubrir el agua, cuya presencia les revela su instinto.

«Su delicadeza para el alimento, dice Menault, es mayor que en las otras especies herbívoras: su gusto está mas desarrollado; su labio superior tiene una gran facilidad para moverse y palpar y recoger los alimentos; la piel es de una sensibilidad exquisita, y el animal tiene la facultad de fruncirla para ahuyentar los insectos perniciosos ó incómodos.»

La voz, que se llama *relincho*, consiste en una serie de sonidos entrecortados, muy agudos al principio y mas graves gradualmente; pero siempre mas claros y de notable sonoridad. El relincho se modula segun las sensaciones del individuo, segun sus deseos y pasiones, y de aquí resultan cinco clases de relinchos bien caracterizados.

1.º El de la alegría, en el que los sonidos suben á ciertos tonos mas fuertes y agudos; el animal salta y parece que trata de cocear; mas no tiene mala intencion.

2.º El del deseo: los acentos se prolongan entonces y son mas graves.

3.º El de la cólera: es corto, agudo y entrecortado; el animal trata de cocear y golpear con los piés delanteros si es vigoroso, y de morder si es maligno.

4.º El del miedo: es grave y ronco; parece no salir sino de las fosas nasales, y es corto como el de la cólera.

5.º El de dolor: es un gemido á modo de tos ahogada.

El caballo tiene notable memoria para recordar los lugares, y reconocer mucho mejor que su guía el camino que recorrió una sola vez. Seguro de sí mismo, resiste hasta con tenacidad si su amo le quiere llevar equivocadamente por otra senda: lo mismo el cochero que el jinete pueden dormirse tranquilamente, dejando que el caballo siga adelante, y gracias á este instinto, mas de un cochero embriagado, perdido en las tinieblas, debió la vida al noble animal. El caballo reconoce tambien al cabo de algunos años la posada donde una vez descansó; la saluda algunas veces con un relincho y se detiene por sí mismo á la puerta, cual si quisiera dar á entender que su amo no se acuerda tan bien como él de la casa hospitalaria, y que es preciso llamarle la atención. Si el amo pasa de largo, el cuadrúpedo continúa tranquilamente su camino, porque comprende que aquel no tiene intencion de entrar en la posada, y como no se guía por instinto, jamás se detendrá en aquella donde no haya descansado aun.

El caballo, pues, tiene una memoria excelente, y en muchas ocasiones ha dado pruebas irrecusables de ella.

«El caballo del cabriolé de Mr. Cuvier, dice Dupont, se escurrió una vez en la calle de Mont-Blanc (Chaussée d'Antin) al pasar sobre una alcantarilla cubierta por planchas de hierro, y siempre que encontré despues algunas, volviase á derecha é izquierda para no poner sobre ellas el pié.»

El ilustre y virtuoso Kosciusko ha vivido largo tiempo en Soloturn (Suiza); cierto dia quiso regalar algunas botellas de un vino excelente á un pobre sacerdote de las cercanías; pero deseando evitar los cumplidos y las gracias del anciano, encargó la comision á un jóven, y como fuese largo el camino, le prestó el caballo que solia montar. Al volver el jóven dió cuenta de su entrevista á Kosciusko, y añadió sonriendo: «Os pido por favor que otra vez no me entreguéis vuestro caballo si no me dais tambien la bolsa. — ¿Por qué? preguntó Kosciusko. — Porque apenas ve vuestro caballo un pobre, se detiene aunque vaya á galope, y no quiere continuar su camino hasta ver que se ha dado una limosna al mendigo. Juzgad, pues, cuál ha sido mi apuro, pues no llevaba un

cuarto en el bolsillo, y no he podido salir del paso sino aparentando durante todo el camino que daba una limosna á los pobres.» ¡Qué bien revelaba aquella costumbre del caballo la bondad y virtud de su dueño!

Este animal se acuerda tambien de su amo y le reconoce: despues de algunos años, corre hácia él apenas le ve, relincha, le lame, y por todos los medios posibles trata de manifestar la alegría que experimenta.

Si le monta otra persona distinta de su acostumbrado jinete, lo nota en seguida y se vuelve para asegurarse de ello; reconoce la voz, comprende las palabras de su guardian y le obedece. Sale de la cuadra para ir á beber; se deja enjaezar y enganchar tranquilamente; sigue al cochero como un perro y vuelve solo á la cuadra. Si aquel es nuevo le mira atentamente, y lo mismo hace si le dan un nuevo compañero de atalaje. Todo cuanto ve por primera vez le interesa: un coche nuevo es para él cosa importante, y si percibe alguna

cosa que le choca por el tamaño, la forma y el color, corre hácia ella para examinarla y olfatearla.

«En 1809, dice Huzard, profesor de la escuela de Alfort, los tiroleses se apoderaron de quince caballos bávaros durante una insurreccion, y montaron en ellos; pero mas tarde, en un encuentro que tuvieron con un escuadron del regimiento á que pertenecian los animales, apenas vieron estos el uniforme de sus antiguos jinetes, partieron al galope, llevando á los tiroleses hasta el centro de sus enemigos, que los hicieron prisioneros.»

Por sus cualidades intelectuales, su docilidad, y hasta su bondadosa índole, es el caballo susceptible de aprender todo lo que saber pueden el elefante, el asno y el perro.

Si hemos de creer á Eliano, los sibaritas enseñaron á sus caballos á bailar al son de la flauta, y esto fué precisamente la causa de la derrota de aquel pueblo. Los crotones, que conocian el hecho, léjos de hacer sonar sus clarines durante

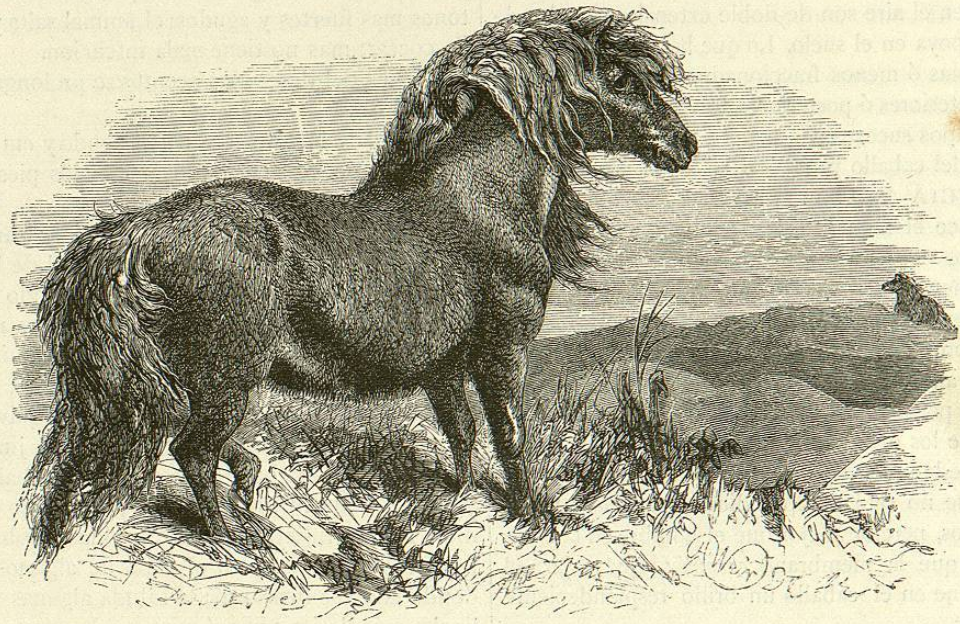


Fig. 166.— LA JACA DE SHETLAND

una batalla, comenzaron á tocar la flauta, y poniéndose los caballos de los sibaritas á bailar, pasaron por entre las filas enemigas.

Varios autores ingleses del siglo undécimo hacen mención del caballo *Maroco*, que pertenecía á un individuo llamado Bank: era un cuadrúpedo sabio, verdadero prodigio de aquella época en que se ocupaban pocos en amaestrar á los animales. Sin embargo, los citados poetas han exagerado seguramente el mérito del animal. Delker dice que el caballo de Bank subía á la cúpula de San Pablo; Peele asegura que tocaba el laud, instrumento muy de moda en la época de Shakespeare, y aun se encuentran algunos ejemplares de un folleto de trece hojas titulado: «*Marocus extaticus*, ó el caballo bayo de Bank en éxtasis. Discurso en forma de alegre conversacion entre Bank y su animal, anatematizando algunos abusos é intrigas de nuestra época, etc.» Uno de los ejemplares de esta obra satírica, en la cual se ve que *Maroco* tenía á menudo verba é ingenio, fué vendido hace pocos años por el enorme precio de trece guineas (unos 1,234 reales). En la primera página aparece un grabado en madera que representa á *Maroco* tirando al florete con su amo, y á sus piés hay dos dados, que indican cuál era su destreza en este juego. W. Raleigh escribió lo siguiente: «Seguro es que si Bank hubiese vivido en los siglos de ignorancia, habría avergonzado á todos los encantadores del mundo, pues

ninguno de ellos hubiera conseguido domar é instruir á un animal como él supo hacerlo con su caballo.» Cual si aquellas palabras encerrasen una triste profecía, algunos años mas tarde tuvo Bank la imprudencia de ir á buscar fortuna á Portugal, donde se defendía y propagaba la fe católica por medio de las hogueras, y el pobre *Maroco* y su amo fueron quemados por brujos.

Los diferentes ejercicios que se enseñan á los caballos en los circos ecuestres, pueden darnos una idea de su disposicion para aprender, y podríamos citar además otras muchísimas pruebas de su inteligencia.

«El caballo, dice Scheitlin, adivina los enigmas, contesta las preguntas á su modo, marca la hora golpeando con el pié, etc.; observa los movimientos de la mano y del pié de su amo; y comprende el manejo del látigo y la palabra. A una órden, se finge enfermo, separa las piernas, deja colgar la cabeza, cae pesadamente á tierra y se hace el muerto. Entonces puede uno sentarse sobre él, separar sus piernas, tirarle de la cola, y meterle los dedos en las orejas sin que las mueva, á pesar de ser tan sensibles; luego se levanta y continúa su marcha á una órden. Y sin embargo, estos ejercicios no son seguramente de su agrado: le gusta mas saltar y correr. ¿Cuánto tiempo se necesita para enseñarle á pasar por los aros de papel que representan para él una pared? ¿Quién no ve con placer los juegos del circo? No es al hombre á

quien se admira, sino al caballo; que aquel pueda y quiera aprender no es cosa que nos asombra: lo que nos sorprende es que sea el cuadrúpedo. No se pregunta uno qué puede aprender, sino qué no podrá aprender.

»Para enseñar á un caballo á que haga cualquier cosa humana es preciso tratarle humanamente; no se debe recurrir á la fuerza, á los golpes y al hambre, sino á la bondad y la dulzura, como se haría con un hombre bueno y dotado de inteligencia. Lo que hace efecto en este último lo produce tambien en el caballo: si no quiere, por ejemplo, levantar el pié, se le acaricia esta parte, se le dirigen palabras bondadosas, reprendiéndole por su desobediencia; se le presenta un poco de avena, y mientras la come, se trata de levantarle el pié. Si se opone, se le quita el alimento, y cuando parece desearlo se le vuelve á dar, procurando otra vez conseguir el objeto. Así se adiestran todos los caballos que no han sido maltratados antes, y los cuales son generalmente como las criaturas, lo mismo para el bien que para el mal.

»El caballo comprende el compás: aprende á caminar al paso, á trotar, á galopar y á bailar; y sabe tambien cuándo es la mañana, el medio día y la tarde. Entiende los sonidos: á semejanza del guerrero, gústale oír el clarín; salta alegre cuando este le recuerda la carrera ó el combate; comprende tambien el toque del tambor, y en una palabra, todos aquellos sonidos que pueden infundirle valor ó causarle miedo. Sabe lo que es el estruendo del cañon; pero no le gusta cuando en la batalla ve caer á sus semejantes; desagrádale asimismo el fragor del trueno, y es probable que tambien la tempestad.

»El caballo es accesible al temor: un ruido á que no se halle acostumbrado, un objeto desconocido, una bandera que flote, bastan para espantarlo: mira con atencion un suelo pedregoso y avanza prudente por el agua.

»El caballo tiembla al pasar por los senderos estrechos de las montañas, porque sabe que allí no hay nada que le pueda detener en su caída; tiene miedo de los relámpagos; y en medio de la tempestad, le hace sudar el temor de ser víctima del rayo. Cuando de dos caballos enganchados se cae uno, el otro podría contenerle, mas por lo regular se apodera el miedo tambien de él, y uno y otro, presa de un terror siempre creciente, corren y se lanzan atropellándolo todo. ¡Cuántas desgracias no causa entonces aquel animal, siempre tan pacífico é inteligente, que obedece á su amo, al cochero, á la mujer, á la niña y á cuantos le tratan con dulzura!

»El caballo no es susceptible de asombrarse; puede dominarle un temor quimérico, como á un niño, asustarse de una cosa desconocida y dejarse engañar por las apariencias. Es posible que se perturben sus facultades intelectuales y se vuelva loco: los malos tratamientos y los golpes han echado á perder mas de un caballo, aniquilando su inteligencia hasta volverle estúpido y perverso; pero los buenos tratamientos le elevan y le ennoblecen, haciéndole digno del aprecio del hombre.

»El único pasatiempo agradable para el caballo es la carrera: es un animal viajero por naturaleza. En las estepas de Rusia corren estos cuadrúpedos con placer un día entero, seguros de encontrar su camino. ¡Cuántos viajes no hacen en el Paraguay! En los pastos se agitan bulliciosamente, se encabritan, rivalizan en ligereza y se muerden; y hay algunos que excitan continuamente á los otros. Los individuos jóvenes, y esto es muy notable, llegan hasta el punto de buscar á los hombres: al ver un animal que anhela así la sociedad de nuestros semejantes, inclínase uno á creer que comprende que su naturaleza no difiere mucho de la del hombre, y que acaso se considere hasta cierto punto igual á él. En un largo y estrecho valle de los Alpes, cierto caballito corrió tras una

partida de viajeros; dejóles pasar primeramente, galopó despues en su seguimiento, adelantóles un poco, se detuvo, los miró, retrocedió luego; hizo ademán de pacer, y siguióles de nuevo, repitiendo cinco ó seis veces la misma operacion, solo por entretenerse. Inquietos al fin los viajeros al ver aquello, treparon por una pared que servía de barrera, el caballito llegó despues, buscó un sitio para franquearla y continuar su juego; pero como no le encontrase, volvióse alegre y contento á su pasto.

»A su afán de correr y á su orgullo se debe que haga cosas increíbles en Roma.»

En el Corso se verifican todos los años las carreras de caballos libres al fin del carnaval; es el espectáculo mas divertido y el mas popular en aquellos días de bullicio y de locura, cuya vuelta se espera con tanta impaciencia al año siguiente.

El carnaval comienza el 7 de enero, despues de los Reyes: á la una de la tarde da la señal la campana del Capitolio, y entonces pueden salir todos disfrazados de las casas, para dirigirse á la antigua *Via Flaminia*, que divide á Roma en dos partes iguales y lleva ahora el nombre de *Corso*. Esta calle tiene cerca de media legua de largo, y es el acostumbrado paseo, donde van las bellas y sus galanes á pasear en coche, á eso de las seis de la tarde, por vía de recreo y de saludable ejercicio. Durante el carnaval es cuando mas se apiña la gente allí; se adornan los balcones y ventanas con colgaduras de damasco carmesí galoneadas de oro, y el público ocupa, mediante una retribucion, los asientos preparados á lo largo de las casas. En toda la semana que precede á las carreras se pasean diariamente los caballos (*barberi*) á lo largo del Corso, para que se acostumbren al trayecto; y les dan avena en el sitio donde está la meta.

Todos los mercaderes ponen de manifiesto en maniqués infinidad de caretas y caprichosos trajes; tambien se exponen en grandes cestos balines hechos de *puzzolana* (tierra volcánica) blanqueada con agua de cal; las máscaras se divierten arrojándoselos á puñados; personas, coches y calles quedan cubiertos de blanco. En otro tiempo, convertíase el *Corso* durante el carnaval en una especie de Olimpo ambulante, donde aparecian reproducidos con sus trajes todos los dioses y diosas de la antigua mitología; pero esta caprichosa moda pasó, y ya no se ven sino máscaras de capricho, polichinelas, arlequines y poetastros improvisados.

Cuando resuenan los cañonazos, el primero de los cuales se oye á las cuatro y el segundo pocos minutos despues, aléjanse los coches inmediatamente: un destacamento de dragones recorre el *Corso* á galope, y una doble línea de infantería conserva en medio el paso libre. Bien pronto se eleva un rumor confuso, seguido de un profundo silencio.

Los caballos elegidos para la carrera están detenidos, en una sola línea, detrás de una gruesa cuerda, que se tiende por medio de máquinas hácia el obelisco de la Puerta del Pueblo. Sus frentes están adornadas de grandes plumas de pavo real y de otras aves, que flotan sobre la cabeza y molestan sus ojos; cubren la cola y la crin menudas y brillantes lentejuelas de oro; en el cuarto trasero y los flancos llevan placas de cobre y balas de plomo guarnecidas de puntas de acero, que les aguijonean sin cesar; y sobre el lomo unas ligeras láminas de luciente estaño ó de papel engomado, que chocan y frotan entre sí, produciendo el efecto de las excitaciones del jinete. Engalanados con estos adornos que les hieren ó asustan, compréndese cuál será su impaciencia; encabritanse, piafan, patean y relinchan. Los palafreneros, que tratan de contenerlos, luchan con los cuadrúpedos; la energía física que se revela entonces en las posturas de aquellos hombres del pueblo, en sus facciones, y algunas veces en el pecho y